

4. Ayudas para el camino

JESUCRISTO Y LA VIDA EN ABUNDANCIA
Luis Arturo García Dávalos

Jesucristo y la vida en abundancia

(Imagen de Cristo del documento de Participación a la V CELAM)

Luis Arturo García Dávalos

Nos encontramos ante un gran acontecimiento para los seguidores y seguidoras de Jesucristo que caminamos en Latinoamérica y el Caribe. Del 13 al 31 de mayo del año 2007 se realizará la Quinta Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, cuya sede será la ciudad de Aparecida en Brasil. El tema de la Asamblea será: «*Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida (Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida) Jn 14,6*».

Previo a la Asamblea se ha buscado implementar un mecanismo de participación, para tener el máximo consenso y generar un dinamismo que anime a nuestras Iglesias. Para eso está circulando el *Documento de Participación* que es previo al Documento de Trabajo de la V Conferencia. Cabe hacer notar que esta no es sólo una reunión de obispos, sino una asamblea de la Iglesia de América Latina y el Caribe, en la cual confluirá la participación y colaboración de todas las Iglesias Locales, a través de sus respectivas Conferencias Nacionales.

Las reflexiones de este trabajo es ubicar la imagen de Cristo de este documento, resaltando sus fuerzas y precisar algunos acentos que no se pueden soslayar para ser fieles a la tradición de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña.

1. La cristología latinoamericana

El tema cristológico es uno de los aportes de la tradición latinoamericana, que ha influido notablemente en la reflexión teológica contemporánea. Aunque en el centro de la teología latinoamericana está el anuncio de Jesucristo como liberador.

La segunda Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Medellín (1968) aborda la figura de Cristo desde el interés salvífico, lo cual no es novedoso; pero en momentos cruciales lo expresa en términos de liberación, lo cual va más allá de los tradicionales términos de “salvación” o “redención”. Además confiesa la divinidad y humanidad de Cristo, pero introduce el principio de parcialidad: los pobres y la pobreza (Cf. Pobreza de la Iglesia 7).

A diferencia de Medellín, la tercera Asamblea en Puebla (1979) escribe un capítulo titulado “La verdad sobre Jesucristo, el Salvador que anunciamos” (nn 170-219), motivado por el

interés de defender la ortodoxia frente a las primeras cristologías latinoamericanas. A pesar de eso Puebla insiste en buscar un nuevo rostro de Cristo (173), recoge rasgos de Jesús histórico para dar contenido a esa imagen nueva de Jesucristo donde presenta como sumamente importante el anuncio del Reino de Dios, las bienaventuranzas y el seguimiento de Jesús. Y finalmente retoma el problema de la presencia de Cristo en la historia y de su acceso a Él con formulaciones vigorosas y rigurosas como es la de los rostros de Cristo (nn. 31-40) introduciendo la opción por los pobres (n.196), como principio de parcialidad en Cristo. Concluyendo que para conocer a Jesús es necesario conocer a los pobres (nn. 1130, 1141, 1142, 1145).

Para el desarrollo de una cristología de la liberación son importantes, como iniciadores de nuevos horizontes, los libros de Leonardo Boff, y del jesuita Jon Sobrino². Además de estos libros, hay un buen número de pequeños trabajos sobre la cristología latinoamericana.

¹ BOFF, LEONARDO. *Jesucristo y la liberación del hombre*, Cristiandad, Madrid, 1981, 661 pp. Incluye los siguientes trabajos: *Una cristología desde la periferia*, 26 pp.; *Jesucristo, liberador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*, 243 pp.; *Pasión de Cristo y sufrimiento humano*, 160 pp.; *La resurrección de Cristo y nuestra resurrección*, pp. 90.; *El seguimiento de Cristo*, 28 pp.; *El Evangelio del Cristo cósmico*, 84 pp.

² SOBRINO, J. *Cristología desde América Latina. Esbozo a partir del seguimiento del Jesús histórico*, Ediciones CRT, México, 1976, 330 pp.; *Jesucristo Liberador*, Ed. Trotta, Madrid, 1991, 350 pp.; *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, Ed. Trotta, Madrid, 1999, 508 pp.; *Jesús en América Latina. Su significado para la fe y la cristología*, Santander, 1982, 261 pp.; *La oración de Jesús y del cristiano*, Paulinas, Bogotá, 1981, 95 pp.

Todo este proceso eclesial tiene una culminación en las luminosas palabras de Juan Pablo II, marcando el derrotero para la Iglesia en el inicio del nuevo milenio donde la misma fe en Cristo, hecho pobre, nos exige asumir esta perspectiva, ya que el siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: «He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme» (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia.

No debe olvidarse, ciertamente, que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que «con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre» (GS 22). Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una

presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales³.

2. El documento de Participación

El documento de participación, en líneas muy generales asume algunos planteamientos de la cristología latinoamericana que hemos mencionado. Aunque tiene un acento marcadamente optimista, que aligera el dramatismo de las situaciones de pobreza y exclusión que vivimos en nuestro continente. Lo más grave es que hay un cierto olvido del Reino de Dios (tan solo 10 menciones).

Siguiendo la tradición cristológica continental, parte de un hecho mayor, expresado como pregunta: ¿Cómo podemos entender hoy el significado salvífico de Jesucristo en el contexto de pobreza y exclusión en que vivimos?

“Esa pregunta inquietante acerca de la identidad —y con ella, de la plenitud de la vocación y la misión cristianas—, vivida en medio de expectativas, de pobreza y

³ Cf. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 49.

4. Ayudas para el camino

de adelantos científicos y técnicos, como también de apertura al mundo, de corrientes culturales y de enfrentamientos en el campo de los valores, no nos ha abandonado. Buscando mayor claridad, en el CELAM reflexionamos primero sobre las 'megatendencias' de nuestro tiempo⁴, y posteriormente sobre el complejo y multifacético fenómeno de la globalización, como desafío a la economía, la vida y la identidad de nuestros pueblos y a su Nueva Evangelización⁵" (n. 37).

Estas son las preguntas que lanza el documento para la misión de la Iglesia latinoamericana y caribeña: ¿Qué significa Jesucristo en el contexto de pobreza y exclusión por la globalización en Latinoamérica y el Caribe? ¿Qué supone ante la amenaza ecológica? ¿Qué tiene que decir en el contexto del surgimiento de los movimientos y luchas de mujeres, indígenas y migrantes? ¿Qué aporta en el contexto del diálogo interreligioso o de los nuevos movimientos religiosos, especialmente en la religiosidad sincrética de lo cotidiano?

Para eso el documento propone algunos ejes cristológicos con los que pretende responder a estas inquietudes como lo indica en la presentación.

“Queremos dar un paso más por el camino del encuentro con Jesucristo vivo. Son tantos los desafíos al inicio del tercer milenio que marcan nuestra vida personal, familiar, pastoral, comunitaria y social, que queremos descender hasta llegar con profundidad al sujeto que les dará respuesta, después de encontrarse con el Señor. Queremos desplegar, con la ayuda de Dios, toda la riqueza del encuentro con Jesucristo para formar los **discípulos y misioneros** suyos, cuya vocación es configurarse con Él, construir la comunión y evangelizar. A esta conclusión unánime llegamos...”.

De una manera sumamente positiva inicia afirmando que Latinoamérica y el Caribe es una sociedad que busca y que camina, en medio de una gran intersubjetividad.

Somos buscadores y peregrinos. Así lo experimentamos al inicio del tercer milenio⁶. Así lo siente la juventud. No nacimos para una vida sedentaria. Siempre nos dan inspiración y dinamismo nuestros anhelos; sobre todo los más profundos, los que comparten el sentido de nuestra existencia. En lo más hondo de nuestro ser, hay hambre de amor y de justicia, de libertad y de verdad, sed de contemplación, de belleza y de paz, ambición de plenitud humana, ansias

⁴ Cf. *El Tercer Milenio como Desafío Pastoral* (1999), colección documentos CELAM, n. 154.

⁵ Cf. *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe* (GyNE - 2003), colección documentos CELAM, n. 165.

⁶ Juan Pablo II nos decía: “Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo” (NMI, n. 58).

de hogar y fraternidad; deseos de vida y felicidad. Estos anhelos nos acompañan, nos motivan y son el norte de nuestras búsquedas. Nuestros esfuerzos los orientamos a construir un mundo en el cual podamos cumplir en buena medida dichos anhelos. Ellos explican nuestras mayores satisfacciones y nuestras desilusiones más amargas, nuestros mejores proyectos y aún las más tenaces rebeldías (n. 1).

Más adelante matiza (nn 15 y 38), pero nunca llega a plantear el dramatismo de la realidad de pobreza en nuestro continente como lo dice el mismo CELAM en su documento Globalización y Nueva Evangelización (n. 186):

Los pobres constituyen la inmensa mayoría de la Iglesia en América Latina. Sabemos que los progresos de las últimas décadas no se han traducido en una disminución de la pobreza, la que, por el contrario, ha aumentado. Los pobres son más, y su marginación se ha convertido en exclusión. Esto nos exige mirar el fenómeno de la globalización, tal como de hecho se ha producido hasta ahora, desde la situación de los marginados y excluidos, que nos interpela dolorosamente. En este orden asumimos lo mejor de la praxis y la reflexión teológica que han caracterizado a la Iglesia en Latinoamérica. Así, retomamos un estilo reconocido por el Magisterio de la Iglesia al aceptar la legitimidad de una reflexión realizada desde una determinada experiencia, cuando se interpreta a la luz de la experiencia de la Iglesia.

Veamos ahora los ejes cristológicos presentes en el documento de participación: Cristología del encuentro, discipulado-misión y Vida en Cristo.

3. Cristología del encuentro

La teología del encuentro no es novedosa, surge de los planteamientos de la filosofía personalista, que afirma en general que en el encuentro con el otro, otra es el modo como nos vamos humanizando. Ya Juan Pablo II en la exhortación post-sinodal *Iglesia en América* (8-12), desarrolla esto. El encuentro con Jesucristo tiene siempre un carácter profundamente transformador. De este encuentro parte toda la acción misionera de la Iglesia. De manera intencionada plantea sujetos que a la Iglesia de América le interesa que se encuentren con Jesús en su misión, desde una perspectiva cristológica:

- La Samaritana (Jn 4,5-42), representando a los hombres y mujeres que buscan a Dios en el mercado religioso;
- Zaqueo (Lc 19,1-10), el mundo del dinero y de los grandes capitales, insensibles a los más pobres, junto con los que buscan una economía solidaria;
- María Magdalena (Jn 20,11-18), los que sirven en la Iglesia, en especial las mujeres que la sostienen;
- Los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), representando a los hombres y mujeres, agentes evangelizadores, desencantados, que han perdido el sentido de ser en la Iglesia o de Dios;

4. Ayudas para el camino

- Pablo camino a Damasco (Hch 9,3-30; 22,6-11; 26,12-18), los agentes que se aferran a su tradición con pasión y necesitan ampliar su visión.
- Presenta también un desencuentro: el hombre rico (Mt 19,16-22; Mc 10,17-22; Lc 18,18-23), los que se cierran en sí mismos y que son incapaces de cambiar por sus “muchas riquezas”.

El documento de participación dice muy atinadamente (n. 39- 40):

El encuentro con Jesucristo es la raíz, la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia y **el fundamento del discipulado y de la misión**. La Iglesia vive por ese encuentro y es la razón más profunda de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad (...) **Por el encuentro con Él**, los seres humanos sabemos quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos (...) De hecho, “El núcleo esencial de la gran herencia que nos deja el Jubileo [...] es la **contemplación del rostro de Cristo: contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio**, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino” (NMI 15, 1).

En nuestro caso latinoamericano en el n. 83 indica lugares orto-praxicos para el encuentro con Jesús y la misión, los diversos rostros de Jesucristo en estos tiempos que nos salen al encuentro.

Encontrarse con Jesús y ser misio-nero suyo prepara al discípulo, discí-

pula a acercarse a **los diversos grupos culturales** que requieren de una nueva cercanía y atención pastoral. Ellos son los grupos indígenas, afrodescendientes y de inmigrantes, que requieren ser mejor acogidos y estimados en la rica pluralidad de sus valores y expresiones culturales; como también en la búsqueda de una mayor inculturación de la liturgia. Asimismo, la pastoral urbana y, en particular de las megápolis, debe estar atenta a encontrar nuevos modelos de evangelización, que tomen en cuenta estos lugares de gran densidad poblacional, en muchos casos de hacinamiento y de graves desarraigos familiares y culturales.

Aquí extrañamos un pronunciamiento más provocador, como el que hace el CELAM en *Globalización y nueva Evangelización* (nn. 350-353):

¿Cómo hablar de Dios en un mundo de “crucificados”? ¿Cómo entender la Historia de la Salvación en la historia humana marcada por la injusticia? ¿Qué tiene que ver el cristiano con el pobre? ¿Qué tiene que ver la fe cristiana con una pobreza estructural? ¿Cómo predicar la Resurrección a quienes su vivencia del presente les ha robado la esperanza de un futuro mejor?

La experiencia de Dios y la reflexión sobre Él, que quiere sacar a su pueblo de toda esclavitud, y que culmina en la instauración de su Reino y de su justicia —Reinado de Dios en Jesucristo—, es ya también patrimonio teológico de otros continentes.

Históricamente, fue la Iglesia en América Latina la que tematizó la globalización de los contenidos de la fe, desde la óptica de la opción preferencial por los pobres, e impulsó toda una acción liberadora de toda forma de injusticia, que tiene su raíz última en el pecado personal y estructural. Sin embargo, el mundo globalizado pone a todos los Continentes en confrontación con los múltiples rostros de la pobreza desde la fe.

Particularmente en América Latina, urge ampliar el concepto de pobre de modo que pueda abarcar todo el mundo de la insignificancia, de aquellos grandes contingentes humanos de los cuales el mundo globalizado prescinde. Se trata de las víctimas de toda suerte de exclusión y discriminación, además de lo económico, por cuestiones de lengua, cultura, procedencia, edad, sexo, etc., que prolongan la pasión de Cristo en el mundo de hoy. Habría que tener en cuenta también a los esclavos del consumismo, del materialismo, del relativismo ético, de la corrupción, de la angustia y del secularismo. Esta pregunta desafía a la Iglesia a no tener miedo de seguir mostrando que el sufrimiento, el dolor y la muerte son camino de resurrección. Desde esta perspectiva fundamental de la fe, cobra nueva fuerza la credibilidad del propio Evangelio en cuanto “vida en plenitud” (Cf. Jn 10,10).

4. Discípulos-misioneros de Jesucristo

El documento de participación dedica uno de sus anexos (3) a especificar cómo ser discípulo, discípula de Jesucristo hoy. Algunos aspectos cristológicos son desarrollados en el Capítulo 3b (nn. 44-65). Está limitado en cuanto que los aspectos presentados son hechos desde una perspectiva muy intraeclesiales, y no menciona para nada la categoría Reino de Dios, central cuando hablamos de discipulado.

El primer paso para ser discípulo, discípula es encontrarse con Jesús (Cf. n.45). En un mundo masificado, el ser humano ha ido perdiendo el encanto del encuentro personal. Llama la atención que algunos griegos, que habían acudido a Jerusalén con motivo de la peregrinación pascual, le hagan al apóstol Felipe una petición especial: “Queremos ver a Jesús” (Jn 12,21). Era el deseo de encontrarse personalmente con el Mesías. Y hoy muchas personas, incluso no creyentes, también quieren conocer a Jesús. Para eso, es necesario que los cristianos y cristianas seamos “los primeros contempladores de su rostro”⁷.

Sin embargo, hay una relación dialéctica en este proceso de encuentro. No sólo nosotros, nosotras buscamos el rostro de Jesús. Es también Él, Jesús resucitado, quien nos sale al

⁷ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 16.

encuentro, nos alcanza, nos corta el camino y nos llama. Todo cristiano, cristiana ha sido alcanzado por Jesús, sea o no consciente de ello (Cf. n. 47). El discipulado es una relación dialéctica. Es nuestra responsabilidad escuchar su voz de nuevo y darle una respuesta, reconocer la llamada y asumirla en nuestra vida. San Pablo nos exhorta a vivir “en Cristo Jesús” hasta no ser nosotros quienes vivamos, sino Cristo Jesús en nosotros (Cf. Gal 2,20). Esto es lo esencial en la vida cristiana, tal como señala el documento (n. 49). Las prácticas devocionales y las muestras de religiosidad popular, tan frecuentes entre nosotros los cristianos y cristianas, son valiosas y tienen sentido cuando nos conducen a lo fundamental de nuestra existencia cristiana, al encuentro personal y eclesial con Jesús, nuestro Señor, nuestro Maestro.

Este encuentro es progresivo. Responde a un proceso de conversión y es, a su vez, fuente de conversión de la mente, del corazón y de las costumbres; así el Espíritu Santo da testimonio de Cristo Jesús en nuestros corazones (Cf. Rom 5,5). El encuentro personal con Jesús para ser su discípulo, discípula acontece hoy en un doble ámbito:

En el rostro doliente de las víctimas de la globalización; rostros de inmigrantes irregulares, rostros de traba-

jadores explotados en las maquiladoras, rostros de niños y niñas de la calle, rostros de mujeres y hombres prostituidos, rostros de pequeños empresarios arruinados, rostros de jóvenes sin futuro. Como recordaba Pablo VI en Bogotá (1968): “En el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo, el Hijo del hombre.”

Y también en los rostros de esperanza de los pobres, en los sueños de las minorías por el reconocimiento de su cultura e identidad, en la búsqueda de justicia y de equidad por parte de nuestros pueblos asfixiados por la deuda, en las redes de solidaridad que se van conformando para fortalecer los lazos de mutua ayuda (Globalización y Nueva Evangelización, 392).

El Documento de Santo Domingo ofrece el método concreto llamado ‘Método de Emaús’ para leer la Palabra de Dios y hacernos discípulos, discípulas y que no podemos soslayar: “*El episodio de los discípulos de Emaús, relatado por el evangelista Lucas, nos presente a Jesús resucitado anunciando la Buena Nueva. Puede ser también un modelo de la Nueva Evangelización*”⁸.

En nuestro continente, ante la misión ya sea continental o la cotidiana, lo

⁸ Documento de Santo Domingo, “Mensaje de la IV Conferencia a los pueblos de América Latina y el Caribe”, n. 13.

que los cristianos y cristianas ofrecemos no debe ser conocimiento sino sabiduría, la sabiduría del destino último de la humanidad, el Reino de Dios. Podemos no tener idea de cómo el Reino vendrá, pero nosotros, nosotras creemos en su triunfo. El mundo globalizado es rico en conocimiento. Uno de los retos de vivir en este mundo cibernético es que estamos inundados con información, pero hay poca sabiduría. Hay poco sentido de un destino último de la humanidad. El discípulo, discípula debe ser portador de esta sabiduría en tres formas -como Jesús con los discípulos de Emaús-, a través de la presencia, epifanía y a través de la proclamación. En algunos lugares todo lo que podemos hacer es estar presentes, pero hay una confianza natural en hacer visible nuestra espera y explícita nuestra sabiduría. La palabra se hizo carne y ahora, en nuestra misión, la carne se hace palabra.

Presencia- En el camino de Emaús, la primera actitud de Jesús es asumir las alegrías y esperanzas, las dificultades y tristezas: “por medio de un diálogo sencillo y directo conoce sus preocupaciones inmediatas”, las de sus amigos caminantes. Es necesario, primeramente, “conocer las preocupaciones”, “las heridas, los gemidos, los sufrimientos que sufre nuestro pueblo”. Pero debemos dar un paso más. Ser misionero, misionera no es lo que yo hago, es lo que yo soy. Estar presente ante el otro implica una transformación de quien soy. Estando con y para otra persona, descubro una nueva identidad.

Epifanía- Jesús nos abre la inteligencia para que comprendamos, dando sentido, iluminando la situación, abriendo horizontes de esperanza. La revelación de la gloria de Dios es la cruz, un hombre moribundo y abandonado. Es una idea tan escandalosa que parece haber tomado cuatro siglos antes de ser representada. La belleza irresistible de Dios brilla a través de la más absoluta pobreza. Éste es nuestro reto en la aldea global, mostrar la belleza del pobre y desvalido Dios, al cual hemos alcanzado y caminado con Él.

Un segundo camino por el que podemos manifestar la belleza de Dios es a través de actos de transformación. La epifanía de Dios es transfigurar esta misma realidad uniéndonos a los dinamismos de transformación y de liberación. Necesitamos pequeñas irrupciones de la libertad incontenible de Dios y de su victoria sobre la muerte.

Proclamación- Al partir el pan, proclama la resurrección y todo el proceso se aclara. Cuando Jesús desaparece físicamente, los discípulos de Emaús, decididos, convencidos y entusiasmados, regresan a Jerusalén y reintegrarse a la comunidad apostólica. Así, el Evangelio cobra una proyección social, pues lleva a “realizar signos de compartir y de darse a los demás”, cuyo punto culminante es la Eucaristía. Y este encuentro con la Palabra viva lleva a “pregonar una realidad nueva”⁹. Nuestro evangelio debe convertirse en palabra.

4. Ayudas para el camino

Aquí nos tropezamos con la que es quizás la más profunda crisis en nuestra misión hoy. Hay una profunda sospecha sobre aquel que pretende enseñar, a menos que ellos vengan del Oriente o tengan alguna extraña doctrina new age. Los misioneros, misioneras que enseñan son sospechosos de adoctrinamiento, de imperialismo cultural, de arrogancia. ¿Quiénes somos nosotros, nosotras para decirle a alguien qué debería creer?

En esta etapa en la historia de la misión de la Iglesia, debemos pensar mejor en el discípulo y discípula como el futuro ciudadano del Reino. Nuestro mundo está fuera de control. No sabemos hacia dónde está yendo, si hacia la felicidad o la miseria, a la prosperidad o a la pobreza. Nosotros los cristianos y cristianas no tenemos información privilegiada. Pero creemos que al final el Reino vendrá. Ésta es nuestra sabiduría, y es una sabiduría que los discípulos y discípulas encarnan en sus mismas vidas, que lo reconocemos y nos reconocemos “al partir el pan”.

5. Vida en Cristo

El documento de participación dedica el capítulo V a desarrollar la vida abundante que esperamos para nuestro continente. No escapa de la tendencia a identificar vida biológica con calidad de vida, creo necesario

precisar y seguir profundizando desde la cristología lo que es vida abundante en el Evangelio de Juan.

En Juan 14,4-6 —consigna evangélica de la V Conferencia— la idea central es la del camino (aparece tres veces). Se trata del camino hacia el Padre y Jesús se revela como ese camino: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Jesús es camino en cuanto es verdad y vida. Jesús nos ha mostrado el camino al revelarnos la verdad de Dios, verdad que a su vez se identifica con la vida. Hay una identificación entre Camino, Verdad y Vida. En Jesús se nos revela la Verdad de Dios. El que ve a Jesús ve al Padre (14, 9). Y esta verdad es Camino, lo que indica movimiento (caminar, práctica, acción), dirección, punto de partida y de llegada. La Verdad es también Vida, se identifica con la vida cósmica y humana. La identidad Jesús-Camino-Verdad-Vida resume todo el cuarto Evangelio.

El cuarto Evangelio ubica la vida, o la vida eterna, en el centro de las enseñanzas de Jesús. Mientras que los sinópticos utilizan “el Reino de los cielos” o “el Reino de Dios” como el centro de la revelación dada en la persona y el trabajo de Jesús, Juan enfatiza en la vida o en la vida eterna. Sin embargo, esta palabra (utilizada al menos en treinta y cinco oportunidades por el autor del cuarto Evangelio) no es fácil de definir.

La vida aquí no es el contrario de la muerte. Es eso, pero también es más que eso. La vida aquí no es un tipo de salvación después de la muerte, felicidad espiritual en otro mundo, un estado metafísico particular o una experiencia psico-religiosa indescriptible. El Evangelio de Juan, con frecuencia, se refiere a la vida o a la vida eterna, como una cualidad especial de la relación que Jesús establece entre Dios y la humanidad.

Necesitamos enfatizar en este punto y formular, aunque de forma sucinta, qué se entiende por “vida en abundancia” en el contexto joánico. ¿Es la “vida en abundancia” el desafío lanzado contra la indigencia? ¿Se trata de un tipo de discurso indirecto contra una situación caracterizada por “la muerte en abundancia”? ¿Puede ser la “vida en abundancia” un tipo de realidad mística-esotérica, desconectada de los problemas sociales e históricos en el mundo y accesible sólo a algunos iniciados? Si no nos hacemos estas preguntas, podríamos caer en el peligro de tomar “camino, verdad y vida” como algo que no pasa de ser un *slogan*. Ello sería desafortunado para nuestra manera de escuchar las Escrituras y nefasto para lo que esperamos de esta V Conferencia.

Esta declaración me parece que contiene un gran poder liberador, que comprende y sobrepasa todas las consideraciones de naturaleza biológica, económica o de bienestar. Como apunté anteriormente, la abundancia en cuestión, no puede

reducirse simplemente a la abundancia de bienes, darle vida a lo limitado o a una dimensión cuantitativa. Podemos ver claramente que los cristianos joánicos están sumergidos en un contexto de persecución física, pobreza material e incertidumbre religiosa, y confiesan la vida en abundancia como aquella que sólo el Señor puede proveerles. La victoria sobre la pobreza, la negación de la identidad, la exclusión, la fragilidad, etc., la desaparición final de todos estos males, no son sinónimos de “vida en abundancia”. Sin embargo, es frente a estas realidades y a pesar de las mismas, oponiéndose a ellas y siguiendo más allá, que la teología joánica articula una calidad de confianza en Dios, un Dios que le otorga a nuestras vidas finitas una plenitud de significado y verdad, que ningún derroche de alimentos ni el exceso de poder puede ofrecerles.

La “abundancia de vida” contradice la fragilidad de la vida, la escasez de la vida, porque está en todas partes plagada de enfermedad y muerte, porque con frecuencia la integridad de la vida es reducida a polvo y cenizas por múltiples abusos y actos de crueldad. La “abundancia” de vida se refiere directamente a la fragilidad y vulnerabilidad de vida. “Vida en abundancia” tiene un significado similar pero diferente, que se refiere al *vacío* que anida en el corazón de la vida. En otras palabras, nuestras existencias personales o colectivas pueden definirse como recipientes que contienen sólo porciones pequeñas e insignificantes de vida y como

4. Ayudas para el camino

consecuencia aspiran a la plenitud. Es la vida que nos proponen los nn. 1-2 del documento de participación.

Aunque parezca absurdo, el único desafío para nosotros y nosotras en la medida en que releemos lo que es vida en Juan es simplemente contar nuevamente las bondades de Dios, sostener el testimonio a través de los compromisos creíbles y duraderos que son, sobre todo, signos de protesta y resistencia contra todos los “desiertos de la vida” que nos rodean. El desafío para nosotros y nosotras no descansa en la búsqueda o hablar incesantemente de la importancia de Juan en la actualidad, como una manera de exorcizar nuestra impotencia y la confusión de las personas que están a merced de “ladrones y timadores”.

La vida en abundancia no puede reducirse en términos del PIB y del PNB de naciones privilegiadas. Tampoco puede medirse en términos del éxito material de los hombres y mujeres individuales, que disfrutaron los beneficios de la globalización. Si fuera de esta manera, la cuestión teológica implicada en el texto sería una fachada y la última palabra sobre esta materia caería en el “evangelio” de la prosperidad.

Una tradición occidental ha demostrado que el ser humano que ha llegado a la mayoría de edad es capaz de vivir sin Dios o al menos distante de Dios. En nuestros pueblos empobrecidos latinoamericanos y caribeños, en la actualidad, por contraste,

un cierto tipo de cristianismo compensatorio propaga una religión de aflicción que proclama celebrar al Dios vivo, el Dios del Cristo resucitado, pero que no se cuestiona sobre el destino que sufre la vida en nuestro continente. En este caso tenemos que decir que se trata de un cristianismo cínico y predatorio. ¡CÓmodo con las múltiples formas y estructuras de muerte, despliega buena parte de su energía y vitalidad en situaciones de catástrofes mayores!

Una vez enfrentados estos dos tipos de contexto presentados aquí, el único enfoque para nosotros y nosotras permanece en las raíces bíblicas. Vida en Juan no es ni una sacralización de la vida, ni una limitación a la celebración de la vida. La seducción del culto a Baal no es menos real para nosotros ni nosotras en el siglo XXI, de lo que fuera para los hebreos en el tiempo de Elías y Eliseo. Simplemente, leamos Juan 14,6 y escuchémoslo otra vez a la luz del clamor de esperanza de tantos empobrecidos y excluidos de nuestro continente que luchan por buscar condiciones de vida y de sentido más dignas, conscientes de que es posible otra manera de ver el mundo, a Dios y a la Iglesia.

6. Conclusión

El documento de participación tiene luces y sombras. Hemos querido rescatar muchas de ellas, pero no en vistas a un optimismo, queramos por eso opacar la Cruz de Cristo tan pre-

sente en nuestras hermanas y nuestros hermanos crucificados de nuestro continente: indígenas, afroamericanos, mujeres, inmigrantes, desplazados de las ciudades, etc. Los queremos ver transfigurados, con vida abundante, recuperando la belleza de tantos excluidos latinoamericanos y caribeños, bienaventurados pobres “con Espíritu” que nos salen al encuentro cotidianamente y nos desafían e interpelan al inicio de este milenio.

La Conferencia de Medellín nos permitió ubicar a la Iglesia como latinoamericana; Puebla nos manda optar por los pobres; Santo Domingo nos abre a las culturas, esperamos que Aparecida sea el impulso de una Iglesia samaritana que sale al encuentro de los sujetos que van en el camino de Jericó a Jerusalén —el de la globalización—.